

## XXII



La lectura de aquellas cartas inspiró á Saint-Julien un sentimiento doloroso.

—Bastante he visto ya, caballero—dijo al profesor;—si la princesa quiere humillarme con la comparación que hace de mi carácter con el de Max...

—Yo tengo para mí—interrumpió Cantárida—que la princesa no hace comparación entre ustedes dos; pero escuche usted el resto de esta historia.

El día del baile entomológico llegó el caballero Max disfrazado por mí, y la princesa, sorprendida en medio de las incomodidades de la diplomacia que en vano se esforzaba por cubrir con los rumores del baile, jamás recibió á su esposo con tanta alegría. Instalóse al principio, según costumbre, en este pabellón; pero tomando en consideración las súplicas y las amenazas del duque de Gurk, creyó la princesa que en vez de ocultar á Max, acaso pronto sería necesario darle á conocer. No es esto decir que la importe justificarse de las horribles sospechas que los gabinetes vecinos afectan abrigar sobre la desaparición de ese hombre, pues bien sabe que no son más que otros tantos ardides, y en cuanto á la opinión pública, hartó ha aprendido á su costa el caso que de ella debe

hacerse, para doblar la cerviz ante sus fallos; pero el temor de una guerra la impedirá arrostrar decididamente el resentimiento de un príncipe más poderoso que ella. No quiere exponer la tranquilidad de sus vasallos por una cuestión de interés personal.

Decidióse, pues, que Max dejaría de ocultarse y viviría tranquilamente en el principado bajo nombre supuesto, con el fin de dejarse reconocer en caso de necesidad. Poco deseoso de mostrarse en público, habita una casa retirada y rara vez se deja ver en

las inmediaciones de palacio, por lo que nadie hasta ahora ha reparado en él; quince años de ausencia le han mudado de suerte que no será fácil que le reconozcan á menos que presente pruebas de su identidad, paso que pienso dar cerca del príncipe



de Gurk. Han existido entre ellos relaciones particulares en las que no se ha conducido el duque de un modo bastante decoroso para desear que Max esté aún en vida, y ciertamente bajará de tono apenas le diga el esposo de la princesa dos palabras al oído, lo que piensa hacer esta noche sin ir más lejos, porque es el caso que su Alteza, después de haberse reído grandemente de la arrogancia de Gurk, empieza ya á no poder aguantarla.

Ahora que está usted al corriente de todo, sírvase usted leer las últimas cartas que Max escribía hace pocos días á su Alteza.

«¿Sabes, bien mío, que se habla mucho de ti y que algunos grandes señores, tan humildes y cortesanos contigo á las luces del baile, murmuran de ti que es un primor en las sombrías alamedas de tu jardín? Como el pabellón les inspira



poca desconfianza, vienen á sentarse en la obscuridad en los bancos que le rodean y, separado de ellos por las persianas del saloncito, oigo todas sus impertinentes baladronadas. ¡Dios me libre de repetírtelas y de nombrarte los tontos que las inventan! Si, creyéndolos tus amigos, te confíases á ellos, mi deber sería no ocultarte nada; pero sé el caso que haces de ellos y no le hago yo mayor de sus sandeces que tú de sus personas.

»Quiero sin embargo comunicarte una observación que se me ha ocurrido oyendo comentar tus acciones y lo que ellos llaman tus liviandades. Dicen que tus secretarios particulares, tus escuderos y tus pajes son tus galanes, y yo te acuso precisamente de lo contrario y es de que no los tratas bastante como á personas. Los escoges gallardos y bien formados como si se tratara de comprar un caballo ó un perro; les das empleos y trajes de hombres, pero tanto caso haces de ellos como si fueran de otra especie que tú y yo.

»Eso no me parece bien, amada mía. Tú no eres orgullosa, lo sé; no procedes de ese modo más que por sencillez é irreflexión, pero eres imprudente y cruel acaso sin saberlo. ¿No consideras que esos hombres son jóvenes? ¿que son capaces de ambición y de amor? Si, alucinados por la esperanza de alcanzar una condición más elevada, soportan lo que tiene de ridículo su condición presente, los envileces ó contribuyes al menos á que se envilezcan á sí mismos. Si por cariño á ti se someten á todos tus caprichos, ¿no consideras que te es preciso pagar ese afecto ó pasar por ingrata? Tú eres bondadosa con ellos, lo sé, nunca los humillas ni con tus palabras ni con tus acciones, los colmas de dádivas y satisfaces todos sus gustos con prodigalidad; ellos deben adorarte, Quintilia, porque bien sé yo cuánta es tu delicadeza en todo, pero no creas que eso basta para hacerlos felices. Si te aman como deben, tus dulces palabras y tus amables sonrisas, por poca sensatez y nobleza de alma que tengan, no pueden consolarlos de la abyección á que los condenas. Á muchos peligros expones su corazón; son jóvenes, irreflexivos, algopreciados de su mérito tal vez; tú los admites en tu intimidad, les muestras sin doblez todo ese carácter exterior de bondad, de alegría y de loca familiaridad que haría perder la chaveta al mismo maese Cantárida si su afición á los insectos no le tuviese en

el fondo del pabellón á cubierto de tus inocentes seducciones; y cuando los pobres cuitados se lisonjean de poseer al menos tu confianza, ven que no les has enseñado más que tu vestido. Entonces les aterra no conocer el misterio de tu destino; se preguntan si eres un ángel ó un demonio, uno de aquellos picos de hielo que el sol no derrite jamás ó uno de aquellos negros torrentes, que se derrumban con estrépito, talando cuanto se opone á su ciego y terrible ímpetu. Entonces, Quintilia, esos hombres, si son malos, se convierten en enemigos tuyos: este á mis ojos es el menor inconveniente; tus enemigos no existen para mí: pero á esos hombres, si son buenos, los haces desgraciados; esto es lo que te ha sucedido con Saint-Julien. Créeme, él te quiere, y, ya sea amor ó amistad lo que te profesa, lo cierto es que sufre de verse tan bien tratado y tan poco querido. Según lo que me has dicho de él, es un joven delicado é inteligente; no juegues con su reposo, amiga mía; explícate con él; si te inspira más confianza y aprecio que los otros, no se lo dejes ignorar; si no le tienes en más estima que á Galeotto ó á tu galguita, no le dejes concebir funestas esperanzas, porque tu corazón es mío, bien lo sé, y mi compasión á los demás no llega hasta el punto de querer repartirle con ellos, sábelo Dios!»

Respuesta.

«Nos vimos ayer tan de paso, que no tuve tiempo para explicarme contigo completamente acerca de Saint-Julien, y pues tengo esta hora disponible mientras él está escribiendo en una mesa inmediata unos despachos que le dicto yo, voy á quitarte toda inquietud sobre este punto, á fin de no tener que hablarte esta noche más que de ti mismo.

»En primer lugar, convengo en que acaso no estoy exenta de culpa con los demás; soy en efecto muy aturdida y á veces hartamente egoísta en mi fastidio y en mis diversiones, lo que proviene de que siempre vivo sola en medio de todos, sin más amor que un recuerdo; sin contemplar más que una forma ausente y sin poder participar de las impresiones de los que me rodean. Cuando salgo de mis largas distracciones para caer en medio de ellos en la realidad, me hallo como una sonámbula que hace cosas extravagantes é inesperadas en un estado que no es ni la vigilia ni el sueño. Me acusan de ser rara y conozco en efecto que así es la verdad; tengo mil ca-



prichos que se desvanecen antes de satisfacerlos: en los esfuerzos que hago para ahuyentar mi tristeza ó mi alegría interior, parezco brusca y fría á los que un momento antes me hallaban expresiva y cariñosa: procuraré corregirme, te lo prometo, pero mucho trabajo me ha de costar ser como todos los demás, advertir á todos lo que pasa al rededor de mí, prever los inconvenientes de cada cosa y evitar el peligro para mí ó para otros... Uno hay que nunca puedo temer y es el de distraerme de ti; y esta gran seguridad de mí misma en que vivo, esta confianza que tengo en mi fuerza contra todo lo que no es tú, me hace en apariencia inaccesible á los males ajenos, y es porque no veo, es porque no comprendo lo que dices, lo que haces ni lo que piensas; y es que ni yo misma sé lo que digo, ni lo que hago pensando en ti. Sí, dices bien, esto no es más que egoísmo y tienes razón en reñirme; me corregiré si puedo.

«Pero, por ahora, creo que no hay motivo para que estés con cuidado, pues ya no están conmigo los que hubieran podido ser mis enemigos ó mis víctimas: sólo tengo á mi alrededor á la Gina, á quien quiero y lo merece, á Galeotto y á Saint-Julien. El tal Galeotto, empezando por él, es, yo te lo aseguro, de la verdadera especie de los perros sabios: con él no soy injusta, tratándole como á tal; es un títere sin corazón y sin seso, bonito, bien peinadito, con mucho pico para decir fruslerías; él á nadie quiere, ni á mí, ni á la Ginetta que, sin embargo, piensa algo más en él de lo que la permite su confesor. Le gustan los confites, los lazos, las plumas, el baile, los fuegos artificiales, los caballos, las sortijas de pedrerías y los cumplimientos: convengo en que le tomé por su linda figura: ¿sería regular que llevase la cola de mi manto ducal un enano disforme ó un negrito? Antes así era la moda; pero era una moda muy fea. Á mí los monstruos no me inspiran más que horror, y nada me gusta tanto como rodearme de objetos hermosos y de hermosos rostros. En todo me gustan el lujo y la belleza, y todo lo que halaga los sentidos de un modo noble: en esto me parezco á Galeotto; pero tengo de ventaja sobre él una cabeza y un corazón, y mezclo el sentimiento de las bellas artes á mis antojos: eso te gusta en mí, y á veces te entretienes un día entero en dibujarme un traje de baile; por eso siempre te corresponden sus primicias. ¡Ohl

¡qué delicia es para mí ponérmele por primera vez, y recibirte en el pabellón con mis más brillantes atavíos de reinal ¡Tú me miras con tanto placer, te pasan por la cabeza tantas ilusiones, tanto amor, tanto delirio y poesía, cuando me posees exclusivamente en todo el esplendor de mi opulencia! Porque yo soy coqueta, tú lo sabes y no lo niego, pero el vulgo no ve más que las galas de que tú has gozado antes que él; el vulgo no admira más que tus sobras.

«Pero volvamos á Galeotto; te digo y te repito que ese nada tiene que temer conmigo, nada absolutamente.

«Por lo que hace á Saint-Julien, no diré lo mismo. También á éste le preferí por su buen parecer; pero como hallé en él más bien la expresión de un alma noble que el brillo de una belleza de relumbrón; hice de él, no un paje, sino un secretario particular, es decir, un agradable compañero de estudios, un amigo sincero, y una especie de confidente de mis proyectos filosóficos, literarios, científicos, políticos, etc., porque, ¿qué no tengo yo en la cabeza? ¡Y tú trabajas sin tregua en ensanchar el círculo de ideas en que se lanza mi alma sedienta de saber, no amando más que á ti en toda esa creación que amo á causa de ti!

«Mucho quiero y estimo á Saint-Julien, no lo dudes; no juego con su reposo, no. Sé que me ama más de lo que yo quisiera; no sé cómo ha sucedido esto, porque yo creía no haberle hecho ver de mi carácter más que lo que debía establecer entre nosotros una amistad varonil. El mal está ya hecho; pero procuraré repararle y hacerle comprender lo que puede y debe esperar y conocer de mí: desgraciadamente se mezclan á su amor sospechas y acusaciones que no me gusta rebatir por mí misma: allá veremos: puede que sea necesario que tú me ayudes; ya volveremos á hablar de esto. Adiós, hasta esta noche; ámame, Max, ámame tal cual soy; ama mis errores y mis defectos; si tú los tuvieras, yo los amaría.»

La siguiente carta, de fecha más reciente que las anteriores, era la última de la colección.

«Pues no puedo verte hasta esta noche, Quintilia mía, quiero sin más dilación escribirte dos letras. Saint-Julien me ha franqueado su corazón; el pobre muchacho te ama con delirio, pero le han llenado la cabeza de absurdas y odio-



sas calumnias: yo le he aconsejado que se quede contigo, y procure convertir su amor en una dulce y serena amistad; coadyuva á sus esfuerzos, sé indulgente y bondadosa con él: seguramente puedes curarle y convencerle. Pero escucha; despíde inmediatamente á tu pajecillo Galeotto, como el más venenoso áspid que jamás se ocultó entre flores; échale volando; esta noche te diré la razón. Temo también que la Ginetta sea culpable de alguna ligereza; veremos. Luís me ha hablado también de no sé que trapisondas de un reloj y un relojero, de que no he entendido palabra, y que no te quiero decir hasta que tenga noticias más circunstanciadas sobre tan ridícula aventura. Lo que me ha dicho Saint-Julien me prueba que la Ginetta es fiel á toda prueba, y que podemos contar con su discreción; pero es acaso demasiado coqueta y no harás mal, si se realiza lo que presumo, en echarla un buen sermón, y perdonarla enseguida. Hasta esta noche.

SPARK.»

—Ahora que ya hemos despachado aquí—dijo el profesor—tenga usted la bondad de seguirme.

—¿Adónde?—preguntó Luís.—Después de lo que acabo de leer, veo que he sido el juguete de las más absurdas sospechas y no puedo creer en una venganza indigna de Quintilia. Déjeme usted que vaya á echarme á sus pies; yo obtendré su perdón...

—De aquí á una hora—interrumpió Cantárida—será usted puesto en libertad. La princesa debe venir aquí con el duque de Gurk, antes del baile, y usted podrá verla al salir; entre tanto, espero que tendrá usted la bondad de venir conmigo.

Siguió Luís al profesor, esperando poder quitársele de encima en el jardín; pero al cruzar las calles de árboles que ya empezaban á iluminar los criados, vió que le seguían de cerca los cuatro hombres que le habían preso. Forzoso le fué pues resignarse y seguir mal de su grado al profesor.

Hiciéronle entrar en palacio por una escalerilla falsa, por lo que supuso iban á conducirlo á su cuarto y á tenerle prisionero en él hasta su explicación con Quintilia; pero se engañaba de medio á medio, pues vió que le llevaban á las habitaciones de la princesa; entonces el profesor, habiéndole acompañado hasta el despacho de su Alteza, le entregó una llavecita, diciéndole: «Sír vase usted abrir esa papelera y ente-

rarse de los papeles que contiene.» Saludóle en seguida profundamente y se retiró después de haberle encerrado con llave; Saint-Julien tiró al suelo con despecho la que acababa de entregarle el profesor.

—¿Y qué me importa ahora?—exclamó—¿para qué quiero respetaros, si no tratáis ya más que de hacer que os tema? ¡Oh, Quintilia! ¡Vuestro orgullo me ha perdido! ¿Por qué me habéis tratado como á un antiguo amigo, á mí que no os conocía? Max merece todo vuestro amor por su confianza, pero ¿á quién sino á él habéis dado el derecho de creer de esa suerte en vos sin ser ridículo? ¡Ah! ¡hubiera sido preciso adivinaros! Demasiado exigente habéis sido en verdad... ¿no debisteis conocer el amor que, á pesar de mis sospechas, ardía en el fondo de mi corazón? Aquel odio, aquella sed de venganza, aquella locura que me impelió al crimen, ¿no eran las consecuencias de una violenta pasión?... ¿Estoy solo aquí? ¿No estáis escondida detrás de esa pared para ver y oír lo que hago y digo? Quintilia, ¿me escucháis? ¡Pues bien! ¡Escuchadme, escuchadme! ¡Soy un miserable!... ¡Estoy desesperado!...

No pudo decir más y se dejó caer sobre una silla, derramando un torrente de lágrimas; ningún rumor, ningún movimiento respondió á sus sollozos: solo en la media luz que expedía la lámpara de alabastro, tendía sus tristes miradas sobre aquel gabinete que le recordaba los días más venturosos de su vida.

—¡Oh! ¿qué le diré para disculparme?—pensaba el desgraciado entre sí:—¿cómo podré hacerla olvidar el mas grosero insulto que puede hacer un hombre á una mujer honrada?

Ocurriósele en su incertidumbre la idea de conformarse á las órdenes de Quintilia, esperando hallar entre sus papeles alguna carta de la princesa para él, pensamiento que le hizo palpar de alegría. Abrió la papelera, leyó muy por encima todas las cartas que contenía: no había entre ellas una sola línea para él.



## XXIII



El cronista de la princesa Quintilia, que nos ha transmitido los documentos relativos al caballero Max, no ha podido darnos detalles circunstanciados sobre lo que contenía su papelera. Tampoco Saint-Julien se explicó nunca sobre el particular, pero debía ser una colección de cartas autógrafas dirigidas á la princesa, pues sabemos de positivo que luego que hubo terminado aquella lectura, se

cubrió el rostro con ambas manos y sumergi6se en profundas reflexiones; cogió luego la pluma y escribió lo que sigue:

«Faltaba añadir un testimonio á estas y yo os le doy voluntariamente, señora. De rodillas en vuestra estancia, solo, y devorado el corazón de remordimientos, declaro que he sido infame con vos, que he pagado vuestros beneficios con la más negra ingratitud. Fácil me sería hacer como todos aquellos cuyas firmas he visto en estas cartas, es decir, someterme á una desgracia merecida, diciendo á cuantos quisie-

ran oírlo que he sido vuestro amante: todos ellos lo han dicho, sin curarse de las pruebas de lo contrario que dejaban en vuestras manos. Sabían que no os permitiría vuestro noble carácter hacer uso de ellas y así os han calumniado impunemente. Yo he sido criminal más que ellos, pero no seré tan vil; no responderé con una infame sonrisa á los que me pregunten lo que ha pasado entre vos y yo durante seis meses de intimidad, antes les diré:—Pedid á Quintilia que os enseñe el testimonio de mi gloria que tiene en sus manos. ¡Oh! sí; recibid este testimonio, señora, como una expiación de mi crimen, como el grito de una conciencia despedazada por el dolor de haberos ofendido. Me otorgasteis la casta protección de una hermana y yo os recompensé con insultos y ultrajes; merezco todos los castigos que queráis imponerme, pero creed que no hay ninguno más humillante ni más cruel que el que yo me impongo á mi mismo firmando este escrito.

LUÍS DE SAINT-JULIEN.»

Luís, habiendo dejado este papel sobre los otros, se paseó por el cuarto con profunda agitación. La hamaca suspendida en medio de la estancia, la lámpara mustia y triste, el abanico de plumas de pavo real olvidado en el suelo junto á una chinela bordada de plata y oro, un resto de perfume que embalsamaba el aire, las doce que daban en el reloj del palacio, todo recordaba á Saint-Julien el momento fatal en que le impelió su error á una odiosa tentativa. Con sus remordimientos y su desesperación, su amor se reavivaba más profundo y más grave; arrojóse junto á la hamaca y besó la chinela como una reliquia.

—¿No hay nadie aquí para compadecerme?—exclamó con vehemencia,—porque aún soy más desgraciado que culpable. ¡Oh! ved, ved mis lágrimas, ¿creéis que no son sinceras? ¡Quintilia, si me oís, tened compasión de mí! Gina, Gina, no me oís, ¿no queréis interceder por mí? Y vos, Max, vos que sois feliz, ¿no seréis generoso conmigo? ¿No me perdonaréis para que vuestra Quintilia, vuestra esposa, me perdone también? ¡Ah! ¡la amo con pasión, pero soy vuestro amigo, y no tengo celos y me resigno á sufrir y á llorar!... Vos no podéis llevarlo á mal, porque bien sabéis que estaba loco, y visteis lo que sufría... ¡entonces erais mi amigo! ¿No lo sois ya? ¡Spark!... ¿dónde estáis? Sólo en vos espero! Spark! Spark!



Cansado de apurar inútilmente sus fuerzas contra la puerta inflexible, dejóse caer desalentado junto á la ventana entreabierta. Aquella noche había baile también; habiéndose efectuado una aparente reconciliación entre la princesa y el duque de Gurk, aquella fiesta debía coronar el mes consagrado á los placeres. Vió Saint-Julien el ala principal del edificio que



miraba al Celina espléndidamente iluminado; los acentos de la música llegaban á sus oídos, y desde el ala oscura en que se hallaba entonces, podía ver pasar y repasar por las anchas ventanas del salón del baile los magníficos trajes, las plumas, gasas, diamantes y bordados de las damas y caballeros: dos ó tres veces le pareció reconocer el traje griego que casi siempre llevaba la princesa. Aquel espectáculo exasperó de tal suerte su dolor, que re-

solvió salir de su inacción, aunque tuviera que echar la puerta al suelo.

Pero sin duda se acababa de mudar la consigna, porque la primera puerta á que llegó no le ofreció la menor resistencia y se halló en los corredores escasamente alumbrados. Quiso penetrar en el baile; pero no se lo permitieron porque no estaba en traje de ceremonia. Bajó entonces precipitadamente la escalera principal, y á poco rato de estar en el jardín, un personaje nuevo en la corte, pero que Saint-Julien se acordó confusamente de haber visto en otra ocasión, se acercó á él y le pidió con empeño que le concediese un momento de conversación á solas.

—Me parece que su fisonomía de usted no me es desconocida—dijo Luís siguiéndole á un sitio apartado.—¡Sí! no me engaño: ¡usted es Carlos Dortan!

—¡Silencio!—le dijo el viajero pálido con aire misterioso;—si mi nombre llegase á oídos de la princesa, tal vez haría que me echaran.

—¿Y qué le trae á usted aquí?

—Hablemos bajo, por amor de Dios. Cuando le encontré á usted en Lyon, yo también iba á Italia; hallándome en Venecia y oyendo ponderar á muchas personas los talentos y hermosura de la princesa Cavalcanti, el amor, el despecho, la esperanza, ¿qué sé yo?... En fin, vine aquí, y con ayuda de un soberbio traje y de un nombre supuesto, he logrado engañar al maestro de ceremonias é introducirme en palacio; pero á nadie conozco, y temo que mi aislamiento en medio de tanta gente inspire sospechas. Tenga usted pues la bondad de venir conmigo hasta que salga la princesa; entonces... ¡allá veremos!

—Cualquiera que sea su proyecto de usted—respondió Luís con frialdad—desde ahora le tengo por absurdo, con tanto más motivo cuanto usted no conoce á la princesa, y su aventura de usted con ella es un sueño ó una ficción.

—¿Qué significa ese tono?—dijo Dortan montado en cólera;—¿en vez de servirme, viene usted á insultarme?

—¿No es usted un relojero?—preguntó Luís.

—¡Yo relojero!—exclamó Dortan estupefacto.—Hace un momento oí decir á una dama que padece usted una inflamación cerebral, y veo en efecto que está usted delirando.

—¡Que estoy delirando!—repuso Saint-Julien—veamos, ¿quién es usted? De dónde conoce usted á la princesa? Déme usted su palabra de honor... Sí, tiene usted razón, creo que estoy loco.

Sentáronse juntos en un banco: después de una breve pausa, y habiendo reflexionado sobre aquel inesperado encuentro, ocurriósele á Saint-Julien una idea muy singular. Cansado del penoso papel que estaba haciendo á sus propios ojos, trató de persuadirse de que realmente no era culpable, de que Quintilia acababa de engañarle de nuevo, y de que la llegada de Dortan era una circunstancia fatal, una previsión del destino para retirarle del abismo en que iba á precipitarse de nuevo: su desconfianza innata se despertó en él con todas sus objeciones y sus dudas. En realidad de verdad nunca había visto bien explicada la historia del reloj; podía ser muy bien que la princesa amase á su marido, y le prefiriese á los amantes; pero también era posible que se buscase á veces ciertas distracciones, sobre todo, en el misterio y la impunidad. ¡Con el carácter de Spark era esto tan fácil!

Esta idea, confusamente improvisada en su cabeza, le mo-



vió á hacer mil preguntas á Dortan, y tenían las respuestas de éste tal carácter de verdad, que no sabía realmente el pobre Luís á qué atenerse.

—Pero en fin—le dijo—¿por qué no la habló usted en Lyon cuando la vió entrar en su coche?

—La ví, la reconocí, y estoy cierto, ciertísimo de que era ella; pero miraba con aire tan asombrado, afectaba tan admirablemente no haberme visto en su vida que, la verdad, me turbé, y el temor de dar una campanada me impidió...

Lanzó en esto Dortan un grito de repente, se puso én pie, volvió á sentarse al punto, y asiendo del brazo á Luís, le dijo con voz apenas inteligible:

—¡Allí está! ¡Sí! ¡Ella es, ella es!

—¿Dónde?—preguntó Saint-Julien con ansiedad mirando á todas partes.

—¿Cómo? ¿No la ve usted?—dijo Dortan bajando más la voz; —allí, á pocos pasos de nosotros, vestida de sultana...

—La que acaba de dejar caer su abanico para que lo coja aquel chisgaravis?

—La misma.

—¿Y esa es su conquista de usted, su princesa Quintilia?

—¡Sí, lo juro por mi honor!

—Bah, bah, amigo mío—dijo Saint-Julien, poniéndose en pie para retirarse—veo que ha padecido usted una pequeña equivocación. Esa es la Gina, la Ginetta, la doncella, la confidente, la camarista, como usted quiera llamarla.

—¿Es posible!—exclamó Dortan consternado;—¿no me engaña usted?

—No por cierto; acérquese usted á ella sin temor y verá que es una niña muy amable y nada severa. Usted creyó poseer una princesa, y ahora se encuentra con que no hay princesa que valga; pero mejor es así, créame usted.

Alejóse precipitadamente, y más corrido que nunca de sus eternas sospechas, dió gracias á Dios por haberle hecho vencer la última, y se dirigió hacia el pabellón en que se hallaba á la sazón con el duque de Gurk la princesa, resuelto á merecer su perdón con el más ferviente arrepentimiento.

## XXIV



CERCÓSE al pabellón sin ningún obstáculo; pero todos los esfuerzos que hizo por hablar á la princesa en el jardín, al que salió poco después entre una numerosa comitiva, en la cual vió á Dortan que parecía no haber sido del todo mal recibido por la Ginetta, y todas las diligencias

que practicó para obtener luego una audiencia en palacio, fueron igualmente inútiles. Dirigióse á la casa de Spark, pero estaba desierta; le esperó hasta el amanecer, pero en vano; en fin, rendido por el cansancio, tomó el partido de alquilar un cuarto en una posada. Luego que hubo tomado algún descanso, fué á palacio y entró en su habitación, en la que halló al buen abate Scipione que le recibió con su acostumbrada urbanidad y le dijo:

—Aquí me tiene usted ocupado en arreglar sus efectos á fin de empaquetarlos y transportarlos al sitio que usted me indique. Su Alteza nos ha hecho saber que algunos intereses de familia le obligan á usted á dejarnos, por lo que estoy traspasado de sentimiento y ocupado en instalarme en esta estan-



cia, pues es la voluntad de nuestra idolatrada soberana devolverme el empleo de secretario particular que ocupaba antes del señor conde.

Saint-Julien, demasiado orgulloso para mostrar su dolor, indicó al abate la posada en que se había instalado interinamente. Después de nuevas é inútiles tentativas para ver á Quintilia y á Spark, resolvió esperar algunos días más, persuadido de que recibiría de un momento á otro el perdón de la princesa; pero no fué así. En fin, llegada la noche del tercer día, le ocurrió la idea de ir á ver á maese Cantárida y de humillarse hasta el punto de suplicarle que intercediese por él.

—Ignoro absolutamente—le dijo el profesor—los motivos que han dictado la conducta de su Alteza con respecto á usted; yo no he hecho más que obedecer puntualmente sus órdenes. Si usted me pide explicaciones, no puede dirigirse á peor conducto; pero si me pide usted un consejo de amigo, hele aquí: «póngase usted en camino y no espere aplacar á su Alteza; jamás la he visto revocar una decisión formal: así como le cuesta mucha violencia emplear el rigor, así le es imposible retroceder cuando una vez se ha decidido á castigar. Atendiendo á que le han sido á usted entregados con toda exactitud á fin de cada mes los emolumentos de su empleo, no le hará á usted la princesa como al señor de Strati-gópolis, la afrenta de ofrecerle dádivas que usted rehusaría sin duda; limitase pues á exonerarle de su destino lisa y llanamente, y es de suponer que desea que no haya en esto ninguna humillación exterior para usted, pues no se le ha oído la menor expresión de descontento ni ha expedido ninguna orden pública que le obligue á usted á salir de sus estados. Con todo, salga usted de ellos, yo se lo aconsejo, antes de que sus vanas súplicas le atraigan los sarcasmos de sus enemigos, y la nota de imprudente ó importuno.

Conoció Luis que el profesor tenía razón; la conducta de Quintilia implicaba un desprecio más profundo é irrevocable que todas las muestras de indignación y enojo que había esperado. Al siguiente día por la tarde, paróse á la puerta de su posada una silla de posta con las armas de la corte; de ella se apeó el abate Scipione, y haciéndose introducir en el cuarto que ocupaba el joven, le dijo:

—Abajo está, señor conde, el carruaje que ha hecho usted pedir á su Alteza para conducirlo hasta Milán.

Antes de que hubiese dado Saint-Julien en lo que debía responder, entraron los criados, cerraron sus baúles, los ataron á la zaga del coche y haciendo como que obedecían sus órdenes, le empaquetaron, por decirlo así, con su equipaje: hizole el abate mil respetuosos saludos y partieron los caballos á todo galope. Al salir de la ciudad, trajeron otros criados de su Alteza á un hombre embozado en una capa y le hicieron sentar junto á Luis: el embozado era Galeotto.

—¡Loado sea el cielo!—exclamó el paje—¿todavía estás por estos mundos de Dios? Ya había yo rezado un padre nuestro por tu alma.

—Mil muertes preferiría al pesar que me devora—respondió Saint-Julien;—pero, ¿de dónde vienes y qué ha sido de ti desde que nos separamos?

—Ahora salgo del cautiverio en que me dejaste, con la única diferencia de que me pusieron en una pieza más cómoda y mejor ventilada que nuestro maldito calabozo: hace un momento que me pusieron en libertad, después de haberme leído una sentencia de destierro perpetuo, acompañada de su correspondiente promesa de pena de muerte, si vuelvo á poner los pies en el territorio de su Alteza la princesa Quintilia de Cavalcanti, etc., etc., lo que si Dios quiere no me sucederá jamás; de ello pongo por testigos á todos los santos y á todos los diablos.

Escuchó Galeotto no sin sorpresa, pero con poco arrepentimiento, la relación de las últimas aventuras acaecidas á Saint-Julien. Algo conmovido al principio, acabó por dar mate á su compañero riéndose de que tan pronto se dejase abatir por la adversidad. Cuando llegaron á Milán, abrió su cartera que le habían devuelto con el resto de su equipaje, y en ella halló en billetes de banco la suma que rehusó pocos días antes. Guardóse muy bien entonces de rehusarla y se despidió de Saint-Julien, no sin ofrecerle antes sus servicios que éste no tuvo á bien admitir.

Luego que quedó solo, titubeó Saint-Julien acerca de lo que debía hacer y estuvo malo por espacio de algunos días; perdió en fin todo resto de esperanza, y se encaminó á Normandía, su patria.



## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Leoni Leone.</i> . . . . .	5
<i>El Secretario.</i> . . . . .	171

---



